

NO DECIR, ANDREA MATURANA, SANTIAGO DE CHILE, ALFAGUARA, 2006, 200 PÁGINAS

Andrea Maturana, autora de la novela *El daño* (1999), el volumen de cuentos *(Des) encuentros (des) esperados* (2000) y de los cuentos infantiles *Eva y su Tan* (2005), vuelve a la escritura con un volumen de trece cuentos, *No decir*.

En *No decir*, el silencio de las verdades es el hilo conductor de sus posibilidades al interior de la intimidad, el cual adopta diferentes formas en los relatos y que es mostrado principalmente a través de la familia.

Las historias narradas en este libro llevan al lector a un recorrido etario, ya sea en la infancia, en la adultez, en la vejez o en cualquier momento de la vida; es más bien un recorrido por edades del sujeto, y de la relación que él establece con las verdades que allí están - que marcan temporalidades- y de las que hay que establecer también a partir de ahí para con lo(s) demás, pero también para consigo mismo. Los cuentos de *No decir* están insertos en la cotidianidad, una cotidianidad en la que los

personajes en algún momento del relato –esto ocurre en todos, como motivo- se enfrentan a una verdad. Esta verdad se presenta de distintas formas, ya sea como verdad delatada, asumida, sorprendida, entendida, silenciada. Silencio y verdad funcionan de manera tal que, en un cuento como ‘No decir’, es precisamente el silencio la que la evidencia, pero algo así ocurre también en la expresión de quedarse ‘en la otra orilla de la vida’, en la ajenidad, como en el cuento ‘Partículas de sol’: “Ahora tiene y tendrá siempre un vacío, como las verdades de los adultos, hecho de un secreto, de tres verdades que no podrá pronunciar jamás y lo dejarán frío en la otra orilla de la vida (...)” (21), relato donde un hermano que no evita la muerte del menor huye y hace como que nunca estuvo ahí, para que no se le culpe y no sentirse peor de lo que ya se sentía con su condición de ser mayor y al que se le reprocha que “*todavía* no te acuerdas de lavarte los dientes solo (...) *Todavía* no sabes cortar la carne. *Todavía* no ordenas tus cosas”

(16). Al no decir, se resguarda un orden –otro motivo central- que, a su vez, es en cierta medida falso, pues este se sustenta en la medida que las verdades no sean dichas. Los personajes intentan velar y resguardar un orden familiar, personal, conyugal, que mantenga a salvo estructuras de relaciones y de comportamientos. La verdad entonces está siempre del lado de la soledad, no solamente de aquella soledad de los otros, que se establece como censura luego de develar lo que debe permanecer oculto, sino también aquella soledad que se encuentra al interior del propio sujeto, ya que, en cuanto poseedor de una verdad, en muchos de los cuentos no la dice, lo cual lo aleja de los otros precisamente por este no decir. Por otra parte, esta soledad está al interior del sujeto también en la medida en que es este el regulador de aquello que dice y, por tanto, de la conformación de una historia y de una memoria.

Este volumen de relatos plantea una honda reflexión sobre los patrones familiares a la vez que denuncia situaciones presentes en muchas familias pero que se callan, explorando en las repercusiones que estos factores tienen en cada uno de sus miembros, en

las maneras de enfrentar las verdades. También esta soledad de la verdad se da en la pareja, como en el relato homónimo al volumen (con innegables resonancias cortazarianas) y también frente a la muerte.

La búsqueda de la perfección a través del establecimiento de un orden, irremediamente se desestabiliza y cae. Tal es el caso del puzzle que el hermano mayor intenta armar ('Partículas de sol'), la angustia que siente -manifestada a través de las imágenes del niño armando el puzzle- y sus pensamientos, hasta que cuando lo arma, lo pateo hasta desestructurarlo completamente, al príncipe de los dibujos animados. Cabe destacar que las meditaciones, preguntas, angustias y el silencio de la cotidianidad se traspasan a la narración. El tema de la verdad se apodera de este cuento en la figura del niño: "no tiene idea dónde comienza y dónde termina la verdad y ve tantas verdades como adultos a su alrededor tratando de explicarle cuál es la verdad" (19). Otro caso es el del cuento de 'Caperucita y los perros' en que, tras el develamiento de la verdad confesada por la abuela a la nieta, esta decide no contársela a su padre ya que él había reconstruido

todo el árbol genealógico de la familia y el regalo más emotivo para él fue cuando su hija le confeccionó un álbum familiar, el cual, con la verdad confesada, perdería su sentido emotivo y de pertenencia para pasar al lado de la mentira y la pesadilla. Otra vez aquí quien silencia la verdad se queda “en la otra orilla”, descubre, en el silencio, una nueva dimensión en su existencia venidera: “(...) sintiendo cómo el silencio que he decidido guardar –sin siquiera proponérmelo– se me aloja en el alma, en un lugar frío que ni siquiera sospechaba tener” (50).

No decir las verdades atora la garganta y adormece el alma, decir las enfrenta inevitablemente al dolor y libera las verdades reprimidas. Así, en un cuento como “Afuera y en ropa interior”, una joven que oculta su embarazo, cuando asume que no habrá otra posibilidad de que se descubra la verdad, se siente liberada y aparece la belleza junto con la liberación de lo silenciado. En este cuento la verdad tiene una función reparadora: “todo le parece enormemente hermoso (...) como si de un momento a otro, sin razón aparente, su mente se liberara de todo verbo y pudiera ver a cabalidad la belleza circundante,

que por cierto siempre ha estado allí” (62).

El ‘no decir’ adquiere en el relato una relación muchas veces metonímica con ‘la verdad’, y ésta, así, indisolublemente ligada a la memoria, y, como sucede a lo largo del libro, a través de la voz, que delata; o también del silencio. La verdad y el recuerdo tienden también al encuentro del sujeto con sus propias verdades, aquellas que él ha silenciado incluso para sí mismo, como en el cuento ‘Solo’. En él, es precisamente a través del encuentro personal que la soledad se manifiesta y se espectaculariza ante sus ojos, se advierte como una aparición, una amenaza dolorosa de decir: “(...) y miro las olas, cuando siento que el silencio previo al estruendo promete un espectáculo digno de ver. Ese silencio amenazador que se produce entre ola y ola” (76). En otro relato, ‘Las cosas como son’, el mirar y el nombrar también están al servicio de delatar la verdad.

La comunicación de la verdad es un tema transversal en este volumen de relatos. En ‘Al fondo del patio’ la verdad es delatada de manera pública, aún cuando siempre queda en los cercos de la familia, pues siempre este develamiento queda

en la intimidad, pero, en un cuento como 'Las dos vidas de Perrito', el personaje busca decir la verdad de la manera más privada posible, llevando al extremo su intención y explorando así también los límites de su propia perversión.

Lo anterior guarda relación con una de las principales temáticas del libro, las caretas de las mentiras, las verdades silenciadas, a veces por decisión, o bien por olvido, o desconocimiento, o recuerdos reprimidos que aparecen para hacer detonar un orden cuidadosamente construido; como el niño del primer cuento que destruye el puzzle cuando se termina de conformar el príncipe, ese puzzle que acompaña su angustia a lo largo del relato, el encajar las piezas y llegar a la unidad. Esto es también lo que buscan varios de los personajes de este libro, rescatar la unidad, unirse, recordarse.

El volumen de cuentos que presenta Andrea Maturana explora en los territorios más íntimos de sus personajes. Centrada en las relaciones que éstos establecen con su círculo familiar y consigo mismos se acerca con un estilo narrativo simple pero profundo a las cicatrices que toda conformación subjetiva conlleva.

Daniela Oróstegui Iribarren

